



Una pareja de enamorados en un parque de la ciudad de Mazar-e-Sharif, en el norte de Afganistán. / MÓNICA BERNABÉ

## Matarratas para huir del martirio doméstico

Decenas de mujeres intentan quitarse la vida cada semana en el norte de Afganistán



EL MUNDO

MÓNICA BERNABÉ / Mazar-e-Sharif  
Especial para EL MUNDO

«Malalai, 18 años; Fariba, 25; Nabilah, 18...», Mustafá Najafi pasa con parsimonia las hojas manuscritas del libro de registro del hospital de la localidad afgana de Mazar-e-Sharif, y va leyendo en voz alta el nombre y la edad de las jóvenes que llegaron moribundas, y ya no salieron con vida. Todas ingirieron matarratas para intentar suicidarse.

Pero, ¿cuántas? El enfermero se encoge de hombros ante la pregun-

ta. «No sé, muchas», responde vagamente. Tantas, que ya parece una epidemia. «Cada cuatro días, nos toca hacer guardia durante 24 horas. Y en 24 horas, pueden llegar cuatro o cinco casos. A veces hasta siete», explica otra enfermera, Hamila, que trabaja en el hospital de esa ciudad del norte de Afganistán desde hace cinco años, y asegura que eso antes no ocurría.

Los casos de mujeres que intentan suicidarse con matarratas, opio o un atracón de medicinas –porque las sustancias a las que recurren son múltiples, aunque todas con el mismo objetivo– empezaron a multiplicarse hace un par de años. «Los culebrones de la televisión tienen la culpa», opina la enfermera. Según ella, las series llenan de pájaros la cabeza de las chicas.

Pero Rahima, de 24 años, no parece que tenga muchas fantasías; está completamente cuerda. «¡No quiero ver su estúpida cara otra vez!», suelta refiriéndose a su marido, que la mira con una sonrisa forzada, de pie al lado de la cama del hospital donde ella yace ligada a un gotero con suero, tras haber ingeri-

do matarratas. «Antes iba a un psicólogo», responde el hombre moviendo la cabeza de un lado a otro, tratándola de loca. «¡No quise casarme con él desde el primer día!», replica ella, dejando claro que no necesita un terapeuta, sino simplemente divorciarse de su esposo. Le obligaron a casarse con 12 años, su marido es 20 años mayor que ella, a los 13 ya tuvo a su primer hijo, y después dio a luz a tres más.

«Matrimonios forzados, violencia doméstica, intercambio de mujeres entre familias, resolución de conflictos con la entrega de una hija, entre otros». La abogada Malika Rosekh enumera algunas de las razones por las que las mujeres en Mazar-e-Sharif intentan acabar con su vida. En realidad nada de eso es nuevo. Los abusos a mujeres son habituales en todo Afganistán. Múltiples estadísticas e informes de asociaciones de derechos humanos lo corroboran.

Lo que tiene de especial Mazar-e-Sharif es que es una ciudad donde se ha conseguido una cierta seguridad y desarrollo económico en los últimos años, y eso ha repercutido en la mentalidad de la gente: es mucho más liberal y abierta que en otras ciudades del país. En la calle se puede ver a jovencitas vistiendo de forma occidental, con un ligero pañuelo en la cabeza que apenas les cubre el cabello, divirtiéndose junto a chicos, o trabajando en lugares públicos hasta entrada la noche. Algo impensable en otras zonas del país.

«Las mujeres tienen más conocimiento de sus derechos y luchan por ellos», añade la abogada. El problema es que, a pesar de esa

## El amor, prohibido

**En la ciudad de Mazar-e-Sharif, en el norte de Afganistán, donde la mentalidad de su población es más abierta que en el resto del país, es posible ver parejas de enamorados en la calle, aunque aún son todavía escasas. En Afganistán están mal vistos los matrimonios por amor, ya que socialmente no se acepta que un hombre y una mujer tengan una relación, aunque sólo sea de amistad. Si una pareja se casa por amor se da por sentado que se han saltado las convenciones sociales. La tradición es que el padre busque y elija el marido para su hija. Suele ser habitualmente un hombre al que ella no conoce de nada y que a menudo ve por primera vez el día de la boda. Esa realidad se contradice con la imagen sobre la pareja que la mayoría de cadenas de televisión afganas muestran en la actualidad. Desde la caída del régimen talibán, se empezaron a poner de moda las telenovelas indias y turcas, en las que los protagonistas siempre son un chico y una chica que se aman, y que sufren por amor. Normalmente, ella más que él. / M. BERNABÉ**

apertura, en casa se dan de bruces con la pared de siempre. Continúa siendo tradición que el padre escoja el marido para su hija, que normalmente es un hombre que ella no conoce de nada y con quien se tiene que ir a vivir junto a su familia política. Y en caso de divorcio, el hombre, y no la mujer, es quien se queda con las custodia de los hijos

e hijas, según la legislación afgana. Es una muerte en vida, como si a un pájaro se le dejara volar, y después se le metiera de nuevo en una jaula.

«Las que se tragan una pastilla entera no sobreviven», afirma la enfermera, en alusión a un matarratas que, según dice, se parece a una pastilla de vitamina C, pero expide un vapor que resulta mortal para los roedores. «Huele muy mal y, cuando una mujer se lo ha tomado, lo notamos en cuanto llega al hospital», asegura. Otras ingieren grandes dosis de medicamentos para dormir o contra la ansiedad, como diazepam o prozac. Es fácil conseguirlos. No se necesita prescripción médica. En esos casos, se suelen recuperar tras un lavado de estómago, pero lo que no resuelven son sus problemas domésticos. En casa continúa el mismo martirio.

«Es la segunda vez que se intenta suicidar», afirma con voz lastimosa la madre de Rahima, que también la custodia a la vera de la cama del hospital. «Pero, ¿qué podíamos hacer? Era la época de los talibán, no eran buenos tiempos», añade, como intentando justificar que la esposaran cuando aún era una cría. Ahora, si se divorcia, perderá a sus hijos. Y si no lo hace, está condenada a pasar el resto de su vida con ese marido a quien odia.